

iba triste, muy tapada y en silencio: al amanecer oí el ruido de un carruaje, y como el cuarto en que habian entrado aquellos señores quedaba enfrente de mi casa, la curiosidad me hizo abrir la puerta en el momento en que montaban en un coche, tirado por cuatro mulas, que partió llevando el rumbo de Tacuba."

—¡Ah! ¡me han quitado hasta la esperanza de mi felicidad....!—exclamó Rafael, abrumado con el peso de aquella desgarradora noticia.—Antes pusieron obstáculos á mi enlace trabajando por prolongar el destierro del padre de mi amada, y cuando aclarada su inocencia y vencidas todas las dificultades tocaba con la mano la realizacion del bello ideal que halagaba mi existencia, el rapto y la violencia vienen á consumir lo que no pudieron la intriga y la calumnia!...

—No hay que dejarse avasallar por la desgracia: yo tengo mas fé y mas energía para combatirla, y espero que al cabo venceremos. Para conseguirlo he empezado por escribir á todos los pueblos cercanos, para que mis amigos me den parte en el

instante en que vean llegar á la jóven, cuyas señas he dado minuciosamente.

—¡Gracias, amigo mio, gracias....!—exclamó Rafael estrechando la mano del doctor;—pero creo que todo será en vano: el raptor no puede ser, en mi concepto, sino algun personaje á quien el gobierno se ve obligado á dispensar muchas consideraciones, si atendemos á lo que nos costó alzar el destierro del padre de mi desventurada Luz.

—¡Cómo! ¿eree vd. que la dificultad en alcanzar la libertad del anciano, haya reconocido por causa el amor de alguna otra persona hácia la hermosa Luz?

—Sí; lo sospecho: todo el mundo sabia mi resolucion en no celebrar mi enlace con la mujer que amaba mientras no se le alzase su destierro, y la dificultad en conseguir esto, á pesar del empeño de vd., y las palabras de temor que algunas veces se escaparon de los labios de la jóven que idolatraba, vienen á dar fuerza á mis sospechas.

El doctor, á quien le convenia alejar de

sí toda sospecha, creyó conveniente apoyar aquella idea.

—No habia cruzado por mi mente ese pensamiento:—dijo Willey como herido por aquella observacion y fingiendo meditar sobre ella.—Y con efecto, examinando detenidamente, nada se presenta mas lógico y natural.

—¿Conviene vd. en mi idea?

—Es preciso; porque solamente así se explica esa dificultad con que, á pesar de mi influjo y mis altas relaciones, tropezamos para alzar el injusto destierro de su padre. Pero ¿no sospecha vd.

—Nada, absolutamente nada: es un pensamiento que me asaltó mucho antes de que sucediera esta desgracia; pensamiento que hoy se asocia á otro mas fatal y terrible, que me roba el sosiego y me enloquece.

—¿Otro pensamiento mas fatal.?

—Sí; mucho mas horroroso y desgarrador que, si por desgracia se llegase á realizar, me costaria la vida!

Y en el rostro de Rafael se pintó el espanto y el terror: una palidez mortal veló

su semblante, y un repentino calosfrio hizo estremecer todos sus miembros.

—Es preciso no abrazar como cierta la primer idea funesta que nos asalta: la mayor conquista del hombre es dominarse á sí mismo.

—¡Ah.! ¡si no me dominara, reventaría de pena el corazon.!

—Vamos, valor, mi querido Rafael: el mal es grave, en efecto, pero no irremediable. Aunque el raptor sea, como es presumible, una persona con quien la justicia no crea prudente ejercer su autoridad, por esas consideraciones que todo gobierno nacido de una revolucion se ve precisado á guardar en tiempo de convulsiones políticas con ciertos pro-hombres de influencia en el ejército y el pueblo, sin embargo, descubierta su nombre, yo me obligo solemnemente á devolverle á vd. la inapreciable joya que le ha quitado.

—Pero esa joya—exclamó Rafael estremeciéndose con el pensamiento que iba á emitir—¿estará limpia y pura, sin mancha y esplendente, como en el instante en que la

ví desaparecer de mis ojos?.... Esa purísima flor de divina esencia que perfumaba mi vida, y cuyas candidas hojas solo habian sentido el respetuoso halago de las auras del pudor y de la inocencia, ¿no habrá caido marchita al álito impuro del hombre que la arrancó del pensil en que abrió su candida corola al contacto del celestial rocío de la virtud y de la religion?....

El doctor pareció abrumado con aquella observacion, cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, exhaló un suspiro, y quedó como oprimido del dolor que desgarraba el corazon de su engañado amigo.

Rafael interpretó aquella tristeza y aquel silencio de Willey por contestacion afirmativa á los temores que combatian su alma.

No sabia que bajo el exterior hipócrita con que demostraba un pesar que estaba muy léjos de sentir, aplaudia el que se hubiese apoderado aquella idea del corazon de su engañado amigo: no sabia que aquel hombre estudiaba el carácter y los sentimientos de sus víctimas, y que sacaba provecho de sus mismos temores, apresurán-

dose á poner en práctica lo que mas íntimamente les heria.

Por el contrario, juzgando el fondo del inquieto mar por la apacible superficie de sus ondas en calma; la venenosa víbora por los lucientes colores de su pintada piel, y á las pérfidas sirenas por su canto seductor y su extremada belleza, estrechó agradecido la mano de su falaz amigo, y continuó con el acento de la mas honda amargura.

—¡Ah!.... veo que en el generoso corazon de vd., se abriga el mismo temor horrendo que en mi alma: sí; ese silencio, esa tristeza que vela su noble semblante, me revelan que participa vd. de mi desgarradora idea.

—Bien, amigo mio, es verdad que temo; pero el temor no es una prueba:—contestó el doctor con voz melosa y procurando con sus estudiadas palabras de consuelo, dar mayor fuerza al desgarrador pensamiento de Rafael.—Parece, en efecto, que el hombre que de tan inicuos medios se ha valido, y que ha obrado con una constancia y un sigilo que exceden á cuanto la imagina-

cion podia concebir, al verla sola, abandonada y sin defensa, haya llevado á cabo la obra de su iniquidad, sin conmoverse ante las súplicas, las lágrimas y el dolor de aquél ángel de virtud y de pureza, echando mano ya de la fuerza, ya de las amenazas, ó ya tal vez de un narcótico servido en el agua que debia acercar á sus sedientos labios.

—¡Oh!.... eso seria el colmo de la iniquidad y de la infamia!....

Exclamó el desgraciado Rafael apretando los puños y encendiéndosele sus pálidas mejillas con la sangre que se agolpó de repente del corazon noblemente indignado.

Y al pronunciar estas palabras trató de levantarse, impulsado por el deseo de correr en busca de la mujer que idolatraba; pero su fuerza fisica no correspondia á la fuerza moral de que estaba poseido, y no bien se puso en pié, cuando volvió á caer sentado sobre el sillón, sin poder dar un paso.

—¡Ah!.... ¡no puedo.... no puedo!...— dijo con el acento de la desesperacion y volviendo á ponerse cadavérico: —¡Estoy

condenado á padecer sin poder volar á defenderla!.... y ella en tanto, Dios mio, me llama tal vez en medio de su afliccion y de sus penas para salvarse de los infames que tratan de envilecerla.

Y ocultó su rostro entre las manos respirando con violenta agitacion y sin poder continuar. La indignacion le habia prestado energía para expresar con fuego su pensamiento: pero aquella energía fué instantánea como la luz del relámpago, y quedó abatido y sin fuerzas como el desgraciado náufrago que lucha con las olas, y haciendo el último esfuerzo supremo llega á la playa, donde cae extenuado de fatiga.

Wiley puso la mano sobre el hombro de su víctima con muestras de profundo interes, procuró dar á su rostro el tinte mas subido de melancolía, y con acento blando y plañidero contestó tratando de revelar un sentimiento extremo.

—Estas emociones le afectan á vd. de una manera alarmante, y pueden ser causa de una peligrosa recaida que podria darnos funestos resultados con respecto á su

interesante vida: es preciso, pues, que cedan su lugar á sentimientos mas consoladores y dulces: dé vd. entrada en su corazon á la balsámica esperanza, y confie vd. en que mis leales y numerosos amigos, á quienes, como antes dije á vd., he escrito, me comuniquen el rumbo que llevan los raptos, para que arranquemos de su infernal poder la rica perla, la flor divina en que tenia vd. cifrada su felicidad y la ventura de toda su vida. Sí, amigo mio; confie vd., y recobre vd. la tranquilidad, porque ese ángel volverá á su presencia para llenar el vacío que la perfidia ha dejado en su alma.

—¡Sil. . . . pero si á esa luciente perla le han quitado el esmalte que le embellecia; si á esa flor le han hecho perder las blandas tintas de su virginal pureza; si á este ángel le han despojado de la brillante y nítida aureola que circunda el alma de los seres sin mancha; si vuelve, no con la dulce sonrisa que vaga en los púdicos labios de la inocencia, sino con la tristeza y la palidez del blanco lirio de los valles cuando el austro abrasador ha pasado robándole su

frescura, entonces, en vez de esa felicidad que ha sido el bello ideal de mi existencia, el dulce ensueño que ha acariciado mi mente, como acaricia una madre el lisonjero porvenir del niño que sonríe en la cuna, el llanto y el pesar, el dolor y la vergüenza, amargarán todas las horas de mi triste existencia. . . .!

—Sensible es, en efecto—contestó Willey, tratando con hipócrita compasión de introducir el despego hácia Luz en aquel corazon altamente delicado—recibir empañado con el aliento impuro de un infame corruptor, el limpio espejo que reflejaba amoroso nuestra sola imagen; doloroso el que el público injusto y mordaz señale con el dedo al ser que idolatramos, hincando su enconoso diente en su honra y su reputacion, haciendo injuriosas versiones sobre un acontecimiento que la maledicencia pinta siempre por el lado mas ofensivo. Pero si la voluntad de esa modesta jóven—añadió con aire filosófico; cuando conoció que sus primeras palabras habian hecho la impresion que deseaba—ha estado en relacion inversa

con la pérdida de su límpida pureza; si la fuerza y la perfidia han arrastrado una nueva víctima á que aumente el catálogo de las jóvenes desgraciadas, vd. debe hacerse superior á las preocupaciones del vulgo, y olvidar lo pasado, sin acordarse de las caricias que ha recibido de otro hombre, de los lúbricos abrazos que desgarraron su corazón; del fuego impuro de sus lascivos labios con que habrá quemado los virginales del ángel indefenso, y....

—¡Oh...! ¡antes la quiero muerta....!—
Exclamó Rafael sin dejarle acabar, herido por aquellas palabras que el doctor ¡había tenido buen cuidado de marcar, sabiendo el efecto que producirían en el alma sensible y amorosa de su engañado amigo:—
¡Muerta, sí.... porque la muerte al menos le ahorrará á la infeliz la vergüenza de sus recuerdos que la martirizarían toda la vida, y á mí el dolor de verla padecer....!

El doctor se dió interiormente el parabien por aquellos hidalgos sentimientos que tan eficazmente contribuían al logro de su intento: éste se reducía á levantar un valla-

dar insuperable entre los dos amantes, y ninguno mas inaccesible que la mútua delicadeza de que ambos alentaban.

Willey vió, pues, bien preparado el terreno para llevar adelante con feliz éxito su plan, y contestó:

—Tiene vd. razon, compañero: la muerte de la mujer que se ama es preferible á su deshonor.

—Pero tal vez la salvaremos antes: ¿no es verdad, querido amigo...?—exclamó con la mayor ansiedad Rafael, sin poder conformarse con aquella desgarradora idea:—
¡Ah....! si yo estuviese bueno.... si me hallase en disposicion de salir.... yo la buscaría por todas partes, y la encontraría.... la encontraría, sí, antes de que los malvados lograsen echar una negra mancha sobre su virginal pureza!....

—¿Y no cree vd. que hay amigos que bajarán con el mismo empeño é interes que vd. desplegaría?

Preguntó el doctor con mentida tristeza y fingido resentimiento.

—¡Ah! sí; perdóneme vd., compañero....

sé la parte que toma vd. por mi felicidad.... conozco su noble corazon, y le aseguro que no ha sido mi ánimo ofenderle.... En vd., en vd. solo deposito mi entera confianza, y espero, por su medio, recobrar ileso el tesoro que me han arrebatado....

—Al menos no descansaré hasta conseguirlo.

—¡Gracias.....!

—Ahora mismo voy á ver si he recibido algunas cartas de las personas á quienes he escrito.

—Sí, por favor, no se detenga vd.

—Y si alguna buena nueva recibo, la pondré en el instante en conocimiento de vd. para que dispongamos lo que se debe hacer, y partiré yo en el acto á salvar á esa jóven.

—Es vd. el mas generoso de los hombres.

—Es un deber de amistad y de conciencia. Pero si por desgracia nada conseguimos.....

—Entonces—exclamó Rafael incorporándose resuelto en el sillón—no descansaré hasta no dar con el raptor inícuo, y derra-

mar hasta su última gota de sangre... Sí;—añadió exaltándose á medida que hablaba;—nada le valdrá entonces la proteccion del gobierno, porque á los justos enemigos de ese gobierno que deja impunes los delitos, me uniré yo, se unirá Cabrera, se unirán todos los amigos, para arrojarle de la altura que ocupa, y colocar otros hombres que diesen garantías á la sociedad.

—Y me uniria yo con toda el alma.

Dijo el doctor tendiéndole la mano para despedirse.

—¡Tambien vd?

—Yo siempre me coloco al lado de la justicia y enfrente de la tiranía.

—Bien:—exclamó Rafael con profunda emocion de gratitud.—Pero tal vez no sea necesario tocar ese extremo: tal vez el hombre que me ha arrebatado de mi lado á la mujer que adoro, tema el resultado de nuestras pesquisas, y la deje volver al seno de su familia, exigiéndole el silencio mas profundo.

—No es imposible.

—¡Oh....! Dios lo quiera.

—Para conseguirlo, trabajaré sin descanso.

—Gracias. ¿Y ha tenido vd. la bondad de seguir visitando á mis enfermos?

—Sí, compañero, y continuaré haciéndolo hasta que vd. se encuentre en disposicion de hacerlo por sí mismo.

—Mil gracias.

El doctor y Rafael se estrecharon la mano, y aquel salió diciendo.

—¡Qué confiados son todos los hombres que abrigan una alma generosa y sin doblez....! Me cree su mejor amigo.... me abre las puertas de su corazon.... me confia todos sus secretos y me revela sus proyectos, para que yo saque el provecho mas positivo de todo.... En este momento me juzga interesado en salvar á la mujer que adora.... ¡imbécil....! voy, sí, en su busca; pero es para alcanzar sus caricias y desgarrar tu corazon con la infamia que arroje sobre ella, que tanto me ha despreciado por tu causa....!

Y Willey, como el génio del mal que sa-

borea su venganza, bajó precipitadamente la escalera, cruzó á prisa las calles principales, penetró á poco en los suburbios de la ciudad y se dirigió hácia un estrecho callejon, donde se levantaba en medio de miserables barracas de adobe, una casa pintada de encarnado, rodeada de árboles y de un alegre y espacioso campo.

Rafael, entre tanto, quedó abatido y triste, con el pensamiento fijo en un objeto que era el centro de atraccion en que giraban todas sus ideas; en su adorada Luz; pero aquel pensamiento, dulce y tierno otras veces, estaba mezclado entonces con la amarga hiel del temor de una incomparable desgracia. Su présago corazon le anunciaba que la mujer que amaba no podia ostentar ya en su frente la pureza de los ángeles que rodea de un encanto indefinible la natural belleza de esa dulce mitad del género humano. Parecíale que una melancólica sombra, la sombra que imprime la pérdida de la inocencia, velaba su frente, y que aquellos frescos y encendidos labios, envidia en otros tiempos de los claveles y de las ro-

sas, habian quedado blancos y secos al infero contacto de los impuros y corrompidos del hombre infame que habia cubierto de luto su corazon.

Estas ideas eran demasiado fuertes y desgarradoras para el alma sensible y amorosa de Rafael: queria desterrarlas de su mente, pero era en vano: aquel pensamiento estaba como enclavado en su corazon, é iba mezclado en su misma sangre, invadiendo como ésta, todas las partes de su cuerpo.

Abrumado con el inmenso peso de tanto sufrir, puso los codos sobre las rodillas, apoyó la frente en las palmas de las manos, exhaló un suspiro, y quedó con la vista fija en un punto.

Así estuvo algunos instantes, hasta que el ruido de la puerta que se abrió dando entrada á Cecilia, le sacó de sus meditaciones.

—Señor amo—dijo la criada;—un jóven muy bien puesto y de buena figura, desea entrar á visitar á vd.

—¿No ha dicho su nombre?

—Sí señor; pero, la verdad, se me ha olvidado.

—Dile que entre.

Cecilia se fué, y Rafael se sentó bien en el sillón para recibir á la persona anunciada, de la que nos ocuparemos en el capítulo siguiente.